

## El séptimo cielo

Hay un cierto consenso en cuanto a que el infierno es una invención humana. En efecto, parece que el hombre tuvo los elementos necesarios para perpetrar el engendro: su experiencia en torturas, tormentos, tropelías, desmanes, maltrato y abusos le autorizan con todo derecho a ser dueño del copyright, perdón, de la “propiedad intelectual”.

Pero ¿y el cielo?

Pues no parece que estemos ante un caso parecido: la verdad es que, salvo algunas experiencias muy breves y, sobre todo, difícilmente traducibles a los símbolos con los que trabaja nuestro cerebro, no estamos en condiciones de expresar bien “de qué se trata”; y por lo tanto si reclamáramos la “propiedad del invento” tendríamos cuantiosas probabilidades de ver rechazada nuestra pretensión.

Pero bueno, aunque no podamos adivinar ni de lejos lo que “hay allá” sí que existe cierto consenso sobre algunos pequeños detalles.

Isaías dejó dicho que llegará un día en el que “el lobo y el cordero pacerán juntos”.

Jesús, ante la pretensión de la madre de los hijos de Zebedeo, respondió: “no me corresponde a mí decir quién se sentará a mi derecha o a mi izquierda”.

El Islam considera que está estructurado en siete niveles.

En todo caso cualquier humano puede imaginar legítimamente formas, situaciones, cuentos y/o novelas sobre el paraíso.

Por ejemplo: ¿por dónde andarán don Gonzalo Queipo de Llano y Federico García?

Comencemos por el señor general: puede que tenga una pequeña celda en un edificio del primer cielo; quizás en el piso número 333.333.333, puerta AAABBDZYXPP.

Los muebles serían 3: una mesita, una silla y una pequeña cama; y posiblemente él, como cofrade de la hermandad macarena, se sienta muy a gusto allí.

Ah, tiene derecho a bajar todos los días al patio del edificio para un paseíto de media hora, siempre que funcione el ascensor, claro; pero seguramente en el cielo, aunque sea sólo en el cielo inferior, no haya averías.

En cuanto a Federico es muy posible que se encuentre en el primer cielo y que su principal actividad consista en dar largos paseos por aquel mundo: “saltando y danzando de estrella en estrella”.

Quizás alguno de sus vecinos en aquellas alturas le pida que recite alguno de sus poemas, y no sería raro que el contestara que lo lamenta muchísimo pero que “no los recuerda”.

El caso es que entre los “beneficios” de los ciudadanos del más alto de los cielos se encuentra el de poder invitar a habitantes de niveles inferiores a realizar una caminata: se trataría bien entendido de recorrer algún pequeño, aunque hermoso, jardín; nada de correr por las estrellas, claro.

Y ¿por qué no? Podemos imaginar a García invitando a pasear a Queipo.

Federico podría entrar por la ventana de la celda, pero no puede porque no hay ventana, de modo que sube en el ascensor y llama a la puerta del apartamento, perdón, de la celda.



Don Gonzalo abre un poco la puerta y muchísimo los ojos cuando reconoce al joven y guapo granadino. Este pregunta:

-¿Le apetece tomar un café?.

El general asiente con la cabeza y desaparece un instante para reaparecer con un sombrero, un bastón y una rebequita.

Al bajar en el ascensor y luego en los primeros pasos es García el que hace el gasto de las palabras, pero llega un momento en que a Queipo también le funciona la lengua y los dos charlan sobre las riberas del Guadalquivir, sobre sus verdes ramas y sus blancas velas.

El de Granada cumple con su papel de anfitrión y deja al militar en la puerta de su celda; no hay apretón de manos, se despiden con un leve inclinar de sus frentes.

No podemos precisar cuando tiene lugar la siguiente cita: puede que unos segundos después de la primera; o unos siglos más tarde; de modo que vamos a convenir que tuvo lugar una semana antes.

Los detalles son los mismos: el ascensor, la puertita de la celda, la invitación a tomar café, el bastón, el ascensor...

Esta vez hablan de la guerra civil; Federico da su opinión certera e imparcial como hombre “que no perteneciera a ningún bando”. El militar, que había comenzado la jornada “conduciendo” la conversación, va contestando primero con alguna frase corta, luego con algún monosílabo, para terminar mudo.

El poeta acompaña a su compañero de vuelta al piso 333.333.333.

Y claro, hay una tercera invitación a tomar café.

Mientras descienden en el aparato que sirve fundamentalmente para “subir a las personas a los pisos altos de los edificios” Federico observa la tristeza en la mirada de don Gonzalo y pregunta:

-¿Le ocurre a usted algo?

-La verdad, no entiendo la razón de que usted me haya invitado 3 veces a “tomar café”; usted sabe que aquí ni se bebe ni se come ni...

El poeta de Granada aprovecha la pequeña ruptura que supone el final del viaje en ascensor para no responder...